

El gran sello de Har-Kidor.

Una brisa fría y desagradable movía las ramas. Lejos, sobre el mar, al otro lado del horizonte, interminables relámpagos iluminaban el tropel oscuro que con rapidez cerraba el día, que hoy, quién sabe por qué, parecía terminar antes de hora.

El hombre que aguardaba en el banco miró las nubes. Igual que en el otro lado, sólo que aquí hay tiempo malo y tiempo bueno y allá siempre es malo, un verdadero asco. Consultó maquinalmente su reloj como lo había hecho cien veces en los últimos quince minutos. No podía hacer otra cosa que esperar y esperar la comunicación que debería ser definitiva, porque nunca más se repetirían las condiciones que imperaban en ese preciso momento. Otro relámpago. No hay duda de que son un espectáculo impresionante. Y realmente los prefiero verdes a los nuestros, de colores negativos. Frunció la nariz movido por el recuerdo. Una vez más se recostó en un intento inútil de sentirse más cómodo. Y, efectivamente, la temperatura bajaba por minutos. Y no traje un abrigo. Metió las manos en los bolsillos y como era su costumbre comenzó a reconocer todo lo que había dentro. En el izquierdo, sólo el pañuelo. Sacó la mano y se la olió: *Adolfo Domínguez, Agua Fresca*. El perfume se mantenía activo y firme aunque lo echó en el pañuelo por la mañana muy temprano. Un hábito adquirido. ¿Cuál otro podía recordar? Crujirse los dedos comenzando por la mano izquierda, subir las escaleras empezando siempre con el pie izquierdo, mirar hacia atrás a menudo por sobre el hombro derecho, pero este no lo había copiado de nadie como todos los demás, lo había adoptado como una medida de seguridad. Y en el bolsillo derecho, las llaves de la casa, de su vehículo y la pequeña, la del portafolio de piel, el monedero de piel legítima - ¿qué pensarían ellos de eso?- con una esquina descosida, ahí está, y veintisiete pesos... No treinta y dos, porque por la mañana... ¡OR! La comunicación. Sí, escucho perfectamente. Sacó las manos de los bolsillos y tomó aquella posición erecta que tanto llamaba la atención a sus amigos. No había movido los labios y si alguien hubiese pasado por allí en ese momento no habría oído absolutamente nada. OR, estamos utilizando el inductor, ¿nos oyes bien? Sí, sí, perfecto, ¿dónde están? Diez parsecs, como estaba convenido. ¿Está todo listo, OR? Bien, no exactamente. ¿Qué quiere decir eso, no exactamente? OR no contestó enseguida. Se revolvió intranquilo. A lo lejos relampagueó de nuevo. Esperó todavía un instante, pero el trueno correspondiente no llegó. ¿OR? Otra vez aquella voz imperiosa, insoportable. Trató de recordar a quién podía pertenecer. Nada, un año puede ser demasiado tiempo. ¡OR! ¿Qué ocurre? Sacudió la cabeza. Nada, nada, sólo pensaba. Pensar, pensar, no es el momento de pensar. Cada vez la voz le parecía más desagradable.

¿Quién sería? Queda poco tiempo y tenemos que actuar rápidamente. ¡Actuar!, con lo bien que se está aquí, a pesar del frío, mirando el mar y la tormenta que se avecina. ¡OR!, ¿me oyes? Sí, claro, no me grite. El Consejo quiere saber si todo está preparado para que vayamos, como está planeado. Volvió a cambiar de posición. Bien, la realidad es que no creo que puedan venir. ¿Cómo? Por el Malecón pasó un automóvil a más de ochenta. Las luces del carro lo alumbraron durante un instante y él sonrió, porque si los de la máquina lo habían visto, seguro que pensaron que estaba loco por sentarse ahí, en mangas de camisa y con esa temperatura. Lo que oye. No pueden venir. Pero, ¿por qué? Porque no me da la gana. Escucha, OR, ¿sabes en lo que estás incurriendo?: desacato, insubordinación, motín, falta de respeto a tus superiores, a la historia, a las tradiciones y hasta...traición. Además, quisiera saber cómo vas a impedir que vayamos. No me vas a decir que has alertado a... bueno, a esa gente tan llena de contradicciones, tan ignorantes y feos. Otro relámpago más verde que los anteriores. OR frunció el ceño y apretó los labios. Efectivamente, tienen contradicciones, pero lo de ignorantes, es muy discutible, no me parece que nosotros seamos más cultos o civilizados. Cualquier idiota se habría dado cuenta de que sus palabras rezumaban ironía, pero del otro lado no surgió ningún comentario. En cuanto a que sean feos, no estoy en absoluto de acuerdo con ese criterio prejuiciado, vanidoso, arrogante, engreído, petulante, soberbio, jactancioso, estúpido, prepotente y, sobre todo, injusto. No quiero discutir contigo problemas de estética, OR, lo que quiero... Es que no son feos, todo lo contrario. Lo que ocurre es que nosotros hemos establecido patrones de belleza, de conducta, de moral. legales, económicos y de todo lo demás a partir de nuestra concepción de la vida. Pero es que esta gente tiene sus propios patrones que tenemos que respetar. Porque a pesar de todas esas contradicciones a las que haces referencia, son maravillosos. ¿O es que nosotros no tenemos nuestras propias contradicciones? OR, estoy perdiendo la paciencia, nos queda muy poco tiempo y... Y nada, me siento satisfecho con la determinación que he tomado y le aseguro que no voy a cambiar de criterio. ¡Basta, OR! Escucha lo que voy a decirte. Si no obedeces inmediatamente, te juro por el sagrado perfume de la flor de Kaar que vas a arrepentirte de todos los disparates que estás hablando. ¿Disparates? Oyó pasos precipitados que se acercaban y una pareja de estudiantes pasó por allí cerca, abrazados y riéndose sin prestarle la menor atención ni a él ni al frío. No son disparates, querido como te llames. Así que no me has reconocido. Eso era lo que sospechaba. Ahora más que nunca estás en peligro de ser lo que eres y de ser lo que no deberías ser...Déjate de trabalenguas y vamos a la concreta. ¿Cómo, de qué concreto hablas? La concreta, los hechos, la realidad. Soy lo que quiero ser y he

dejado de ser lo que no debería de haber sido nunca. ¿Está claro? Clarísimo, espera un momento. Espera, espera. Estos tipos siempre dando órdenes, no los soporto. Un ligero temblor sacudió su cuerpo. De verdad que estaba haciendo frío. Quisiera saber por qué no le hice caso al parte del observatorio, después de todo alguna vez tienen que acertar. ¡Oh! Otra vez aquella voz. Ahora le pareció peor, más dura, más insolente e intolerable. OR, querido OR, el Consejo te aconseja... ¿Por qué se ríe este idiota?... que obedezcas inmediatamente porque si no... Si no, nada. No me amenaces. Con el puño se golpeó con fuerza la palma de la otra mano. ¿Es tu última palabra? La última. Bien, entonces despachamos para allá algunos agentes que te van a encontrar aunque te escondas en... el... en... ¿cómo se dice allí? En el mismísimo infierno. Eso, eso, en el infierno. Recuerda que la forma que tienes y que tanto parece gustarte... Es un cretino, me... te la dimos nosotros y sabemos, además, dónde estás, así que no resultará difícil encontrarte y... Difícil no, para hablar con propiedad, imposible. Oye, OR, estás equivocado, nosotros... Ustedes, nada. Ni tú, ni tus agentes, ni el sacratísimo Consejo en pleno, con todos sus ejércitos alados, anfibios y subterráneos, ni su demencial poderío, ni el rayo azul del olvido, el letal hedor de los pantanos de Ur... Ur... ¡Urac! Eso es, gracias, de Urac, bueno pues ni con todo eso junto, van a poder cogerme porque es imposible entrar por donde yo entré que además es el único lugar por donde se puede entrar porque no hay otro y no va a haber otro nunca más. Un nuevo relámpago y una vez más la risa estúpida de su interlocutor. De sobra sabemos que sólo hay un lugar, pero como ya habrás notado, parece que tu memoria comienza a fallarte, querido OR. Este “querido” sonó como un sable de obsidiana al salir de su vaina de papel de lija. Quiero recordarte que tenemos todos los planos espacio-temporales que se hicieron a su debido tiempo y en cuya confección, queridísimo OR, interviniste tú. Ah, eso sí que no lo recuerdo, pero además me importa un comino, porque de ningún modo, con planos o sin ellos, van a poder entrar. Además, vaya, para que quede claro: no pueden entrar porque coloqué en la entrada el Gran Sello de Har-Kidor. Del otro lado, a 32,6 años luz, trescientos ocho billones y medio de kilómetros, un diluvio inducido de palabras irrepetibles, en una lengua con la que comenzaba a tener dificultades, pareció llenar el espacio que los separaba y, coincidiendo curiosamente en el tiempo, se escuchó el primer trueno. ¿Qué fue eso? Se acerca una tormenta. OR, vamos a ser razonables... Ya lo sabía, porque este tipo tiene que ser un funcionario menor, estoy seguro. Lástima que no reconozca su voz. O tal vez fuera mejor así, porque total, con la decisión que había tomado, cuanto antes... OR, te van a hablar, por favor... Pitazos, chasquidos, rumores, rasgaduras, crujidos, choques, explosiones,

silbidos y roturas llenaron el ámbito auditivo y sola, lejana, perdida en los vericuetos del hiperespacio, una voz trataba de decir algo de lo que nada más pudo descifrar: OR... tiempo... atención...importante... Pero juraría que entremezcladas con los ruidos podía distinguirse otras voces en lenguas que le parecían remotamente familiares. De pronto, le llegó, clarísimo, tan claro como si el emisor estuviera junto a él en el banco: ...estos tipos llevan muchísimo tiempo discutiendo no sé que lío de una maldita invasión... La voz se disolvió en el tiempo, pero OR había reconocido la lengua: los pacifistas del segundo subsistema 510-R 2, el hermoso mundo situado en la tercera curvatura. ...a medio camino, aunque un poco hacia la izquierda entre ellos y yo. Más ruido, mucho más y otras voces en lenguas imposible de ubicar. Pasó un policía y sin mirarlo, pensó, se llevó la mano a la avisera en un saludo de cortesía qu él contestó ladeando tontamente la cabeza. El tumulto que reinaba en su cerebro comenzaba a crearle problemas. Abrió y cerró los ojos varias veces. Se sintió mareado, a punto de perder el equilibrio y se agarró con fuerza al borde del banco. El corazón le latía fuera de control. Un silbido escalofriante se impuso sobre el escándalo y tuvo clara conciencia de que si duraba unos segundos más no podría resistirlo. Hizo un esfuerzo por sobreponerse y trató de cortar la comunicación. Todo resultó inútil. El silbido aumentó de potencia hasta producirle dolor. Empezó a sudar a pesar del frío al tiempo que le temblaban las quijadas. Un relámpago muy cercano seguido de un trueno que sacudió el banco. Cerró los ojos y se hizo el silencio.

Permaneció unos segundos con los ojos cerrados y la boca entreabierta. La brisa le golpeó el rostro. Aspiró profundamente y el aire salado penetró a raudales en sus pulmones provocándole una aguda punzada en el pecho. Se pasó la mano sobre un punto localizado justo debajo del esternón e inmediatamente sintió que se aliviaba. Poco a poco consiguió que el pulso volviera a su ritmo normal. ¡OR! ¡OR! ¿Me oyes? ¿Qué te ocurre? Era otra voz. ¡OR, soy yo! ¿No me reconoces? ¿Carum? ¿Eres tú, Carum? Acabó de despejarse. OR, amigo mío, qué bien que me reconociste. Estaba muy preocupado, aquí dicen que tienes problemas con la memoria, ¿es verdad?, ¿cómo te sientes? Carum, amigo, qué alegría. No pudo evitar una sonrisa. Por suerte en ese momento no pasaba nadie por allí. Sólo algún que otro auto porque el mar se había picado, las olas comenzaban a saltar el muro y ya era noche cerrada. Con un esfuerzo recobró la apariencia de despreocupación que le habían diseñado y sobre todo eliminó la sonrisa. Carum, ¿cómo están los tuyos? Cuánto tiempo sin saber de ti. Bueno, OR, te puedes imaginar cómo anda todo por aquí con el asunto este de los preparativos y todo lo demás. Tendrías que verlo, es un espectáculo impresionante. Y si vieras a los

funcionarios, te divertirías muchísimo. Carum, ten cuidado con lo que dices, no te vayas a meter en un lío. No, viejo, no hay problema, no te preocupes. Oye, OR, me pidieron que hablara contigo. ¡Ah!, era eso! Sí, sí, pero escúchame, amigo, por favor. Puse como condición que se fueran y me dejaran hablar contigo a solas. Ya... una especie de pacto. Bueno, sí, más o menos. Pero no quiero que te precipites, tú me conoces mejor que nadie. Era verdad. Pasaron juntos las pruebas para ver cuál de los dos estaba más capacitado físicamente para sufrir la metamorfosis que lo convertiría en un ser erecto, bastante raro por cierto, con sólo cuatro extremidades, dos órganos visuales y nada más que dos lóbulos cerebrales. En general, los amigos pasaron todos los exámenes con más o menos facilidad, pero OR fue elegido precisamente por todo lo contrario de lo que alguien hubiese podido imaginar. Resultó que las pruebas finales indicaban que OR hacía un rechazo muy grande a la posibilidad de abandonar su mundo y de asumir una forma que repelía. Carum quedó un poco desilusionado, pero el hecho de que su camarada OR, su amigo de toda la vida, hubiese resultado seleccionado para abrirles el camino para la conquista de un mundo que, según los sabios señores del Sacro Consejo, les pertenecía por derecho propio, compensaba con creces su frustración. OR, amigo mío, he pensado mucho en ti en este tiempo. Te conozco tan bien que soy capaz de entender todo lo que te ocurra; te estimo tanto que puedo aceptar cualquier decisión que hayas tomado, aunque lo que me dicen aquí es gravísimo, y tú lo sabes. Sólo explícame qué ocurre, por favor. Tú ves, ya eso es otra cosa, Carum. Más alto, OR, apenas te oigo. Pero si estoy gritando. Bueno, parece que es el tiempo que se nos va. Sí, y además hay mucha interferencia. En ese momento por el Malecón pasó una ambulancia haciendo sonar su sirena. OR hizo silencio un instante mientras el vehículo pasaba como un bólido a tres metros de él. ¿Qué fue eso, OR? Un nuevo terrícola que va a nacer. ¿Y siempre hacen ese ruido? No, a veces, sólo a veces. Recordaba perfectamente su propio nacimiento. Esa era una de las diferencias más notables que existía entre ambos sistemas. Para ellos, para estos, los de aquí, de este mundo, como aprendió de los miles de manuales, folletos, enciclopedias, filmes, cintas, discos, conferencias, seminarios, vademécums, tratados, ensayos, folios, infolios, discursos, notas, comunicaciones, manifiestos, cuentos, documentos, manuscritos, novelas, ediciones príncipe, primeras, segundas, terceras y hasta vigésimas ediciones, incunables, palimpsestos, códices, borradores, minutas y actas que había tenido que leer, interpretar, asimilar y memorizar. Y la memoria era, se encogió de hombros, la existencia prolongada de la excitación de un grupo de neuronas debido a la retroacción positiva... la excitación electroquímica

que circula por un grupo de células cerebrales durante un período más o menos largo, o por lo menos eso era lo que decía un tal Anatoli Dnieprov. Y entonces, como consecuencia de este proceso, el individuo conserva los resultados de su interacción con el mundo para producirlos y utilizarlos en la actividad posterior, transformados y agrupados en sistemas. Pero nosotros..., no sé, nosotros o ellos, él o yo, OR o Carum...,ellos, él, Carum, OR... nacían con memoria. Con el primer soplo de vida, en los protogenes, les infiltraban, les inducían, junto con los caracteres hereditarios, su memoria anterior correspondiente. Te decía que eso ya es otra cosa, que a ti, quizás, podría explicarte lo que ocurre. Aunque en realidad no sé si me vas a entender. Bien, OR querido, este querido sí sonó sincero y hermoso, trata, porque yo tengo que decir algo aquí, y algo que me entiendan, digo, si es posible. Mira, Carum, amigo, de todos modos no creo que sea importante lo que diga porque ni tú ni los reverendos sabios del Sagrado Consejo van a entender nada. Lo único que tienen que saber es que no pueden venir... de ningún modo, porque... yo no quiero. Muy bien dicho. ¿Qué dijiste, OR? No, eso último no es mío, parece que fue una interferencia. Pero, ¿de qué estás hablando? De un interferente, viejo, y de que el tiempo se va y con él la comunicación. OR, escúchame, por favor. El pasado existe y en él, tu vida. No puedes pretender que lo has olvidado todo. Recuerda donde naciste, las necesidades vitales que tenemos, el derecho divino que nos asiste para... *Tu quoque, Carum mi!* ¿Cómo? Nada, nada, no me hagas caso. Bien, te hablaba de tu porvenir y el de tu sistema, nuestro sistema, de nuestro modo de vida. Todo eso, la verdad, me importa un bledo. Pero es que te convertirías en un héroe, uno de proporciones cósmicas y hasta quizás, sé que no debería decírtelo, pero ahí va: existe la posibilidad de que llegues a ser miembro del Sacro Consejo Regente, bueno, miembro honorario, claro está, pero eso, por lo menos, es ya un paso hacia... Ahora OR no pudo evitarlo y soltó una carcajada estruendosa. Un hombre que pasaba por la acera con las manos metidas en los bolsillos, se detuvo un segundo, lo miró de arriba abajo con cara de estupor, se encogió de hombros y prosiguió su trotecillo. OR, lo que te digo es algo muy serio. ¿Te das cuenta realmente de lo que significaría ser miembro de... ¿Cómo voy a decirte que no me importa absolutamente nada? No me interesa y punto, se acabó. Bien, bien, cálmate, por favor. Fíjate, tengo potestad para hacerte otra propuesta verdaderamente... tentadora. De nuevo estallaron entremezclados los ruidos ensordecedores, y de entre el caos sonoro se distinguió una voz, tal vez la misma de antes: Sí, claro, primero lo amenazan y ahora quieren sobornarlo. ¡Qué poca vergüenza! OR afirmó con la cabeza: ¡Muy bien dicho, estoy de acuerdo, gracias! OR, no hagas caso, sólo tratan de confundirte. No puedes

tomarlo así. Tú me conoces, soy tu amigo, sería incapaz de proponerte algo indecoroso, indecente, infamante, degradante, vergonzoso, ultrajan... Sí, eso espero, pero no olvides que ya nuestros puntos de vista discrepan. No, no, verás. Todos sabemos aquí que uno de tus deseos más hondos era entrar, aunque fuera una sola vez, al Palacio del Sueño Inconcluso. ¿Eso sí lo recuerdas, ¿verdad? Dime que sí... Tengo una vaga idea... Bueno, no importa. Cuando vuelvas... No voy a volver... Bien, bien, escúchame, por favor. Si llegaras a volver, haríamos todo lo posible para que recuperaras íntegra tu primera memoria y entonces, estoy seguro, estamos seguros, de que sabrás valorar, valorar, apreciar, justipreciar lo que acaban de comunicarme: pasarías a convertirte en dueño, amo y señor del Dorado Palacio del Sueño Inconcluso. Un estudio profundo del modo de vida que tendría que asumir, más una serie extra de posibilidades relacionadas con su propio modo, hicieron de OR un individuo perfectamente dotado y preparado para enfrentar con éxito las situaciones más impredecibles y enrevesadas. Así, el mismo día que entró en La Habana, consiguió un lugar donde vivir y, sobre todo, que a nadie le pareciera anormal ni extraño. No era nada que pudiese compararse con las Albas cuevas del Monte Car Car, deseadas y envidiadas por todos, ni mucho menos con las famosas Mansiones Aéreas del Lago de la Estrella Radiante, pero para un individuo solo, con las posibilidades de su nueva forma, pensando que se trataba de un habitat temporal y con un poco de buena voluntad, podría adaptarse a vivir allí. Y así fue. *Carum*, amigo mío, no tengo la menor duda de que lo que me dices debe ser una proposición muy apreciada por todos ustedes, pero a mí, en este momento, no me conmueve lo más mínimo, te lo juro por el centelleante tañido de la campana de tantolio del valle de Alur. Además, tengo razones muy poderosas para impedir que se lancen en esta loca aventura. ¡Tus razones, OR, tus razones! Y te aseguro que trataré de ayudarte. Cayó la primera gota. Parpadeó, sacudió la cabeza y con el índice se secó el ojo izquierdo, pero permaneció sentado muy derecho en el mismo lugar. Más gotas, gordas como frijoles comenzaron a golpearle la nariz, la cabeza, los hombros. Ni tú, *Carum*, ni nadie, puede darme una ayuda que, además, no he pedido ni necesito. Coincidiendo con la lluvia que llegaba, la voz de su amigo comenzó a alejarse lentamente y muchas palabras apenas podían entenderse. Recordó que el mismo fenómeno se produjo hacia el final de su viaje. La comunicación había sido excelente durante todo el trayecto, pero al abrir la puerta y penetrar en la sala, ahora en ruinas, del palacio de la calle de la Obrapía, la voz de su guía, que ya no recordaba quién había sido, poco a poco se hizo más confusa, menos clara, más lenta, hasta que desapareció. Del otro lado, *Carum* seguía hablando, pero OR se

daba cuenta de que con cada segundo que se iba y con cada nueva gota de agua, le importaba menos y menos lo que decía. Una vez dentro del antiguo palacio deshabitado y a pesar de la oscuridad que reinaba, gracias a sus tremendas posibilidades, consiguió caminar sin tropiezo hasta la puerta de la calle por entre los cascotes, las vigas rotas y carcomidas, las ventanas y los marcos de puertas arrancados y tirados en el suelo. En el momento de tomar el picaporte de la puerta para abrirla, una detonación terrorífica sacudió el edificio hasta sus cimientos, las paredes se estremecieron y del techo en ruinas cayó una fina lluvia de polvo de yeso y piedras que le golpearon la nariz, la cabeza, los hombros. Permaneció un rato apoyado contra la pared. Su nuevo corazón latía furiosamente dentro de la extraña caja en que habían transformado su magnífico pecho de atleta, y sus dos únicas extremidades inferiores le temblaban incontrolables. Nadie le había advertido que tendría que enfrentarse a algo como esto. Aguzó su recién estrenado sistema auditivo, pero el estruendo no volvió a repetirse. Esto debe ser eso, el miedo, de que me hablaron. Cuando estuvo seguro de que había recuperado todas sus nuevas capacidades y las suyas propias, salió a la calle tomando todo género de precauciones. Una vez fuera del edificio, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que había recibido y, del modo que le pareció más natural, para no llamar la atención, cerró la gran puerta y pegó en la unión de las dos hojas el inviolable sello de Har-Kidor. Como consecuencia de ello, de ahora en adelante, nadie venido de fuera sería capaz de entrar a la ciudad... o al mundo, porque sólo él sabía cómo quitar el sello. Miró aquel extraño ingenio que le habían colocado en una de las extremidades superiores y que servía, según le informaron, para medir el tiempo. Eran las nueve y dos minutos de la noche, de justamente un año antes. Una semana después, OR descubrió que el venerable sello había sido totalmente cubierto por otro que rezaba: Patrimonio de la Humanidad. Prohibida la entrada. El historiador de la Ciudad. ¡Qué bien!, sonrió, ahora sí, de acá para allá, tampoco. ¡OR, deja de cantar! Una canción de extraña estructura le llegaba ahora claramente. No podía entender la letra, pero podría asegurar por el aire nostálgico que emanaba de ella, que se trataba de una canción de amor. Cuando cruzó la calle, luego de mirar la hora, la primera sensación que tuvo fue sentir hambre, un apetito primigenio y elemental que le retorció todo su organismo por dentro. Luego descubriría que fue motivada por un inquietante olor que había atacado su recién estrenado sistema olfativo con sólo poner un pie en la calle. ¡Carne de puerco! ¿Qué dices, OR? No pudo evitar reproducir y transmitir aquel primer olor e incorporarle su procedencia. ¿Y ese grosero hedor que nos llega? Es insoportable. El aguacero estaba en su apogeo. OR seguía sentado muy derecho y

absolutamente seco, porque ahora el agua parecía no tocarle. Carum, amigo mío, no sabes lo que dices, escucha: carne de puerco, bien adobada, con ajo y naranja agria, congrí, plátanos a puñetazos y cerveza bien fría. Por allá no tenemos nada que se le parezca. ¡OR, está bueno ya de disparatar! El tiempo se va y luego... la voz se extinguió y OR arqueó las cejas cuando una máquina pasó salpicando la acera y distinguió a una niña que con la nariz pegada al cristal de la ventanilla trasera, lo había descubierto sentado bajo el aguacero y le sonreía. Él le devolvió la sonrisa y la saludó con la mano, Hasta luego, Berenice. El auto pasó y volvió la voz. Había algo en ella, pensó, un cierto aire desesperado. OR, me acaban de comunicar que apenas nos queda tiempo para tomar una decisión... Si al menos me explicaras tus razones... Del Consejo me ordenan comunicarte que si retiras el Gran Sello, te perdonan tu falta de patriotismo, de sentido práctico, visión de futuro y tu absoluta y total irresponsabilidad galáctica, y te ruegan... ¿Me ruegan Carum... me ruegan? Te suplican que pidas lo que quieras, para nosotros es... ¿Lo que quiera?... ¡Lo que quiera! No entiendes, querido Carum, que no hay nada allá que yo quiera, que todo lo que quiero... Guiado por su olfato cruzó la calle, entró en el solar que estaba justo enfrente del palacio en ruinas y, una hora después, OR había logrado: comer como nunca lo había hecho antes, alquilar un cuarto en bastante buenas condiciones y la promesa de un trabajo como camionero a partir del próximo lunes, que, efectivamente, fue cumplida. Dos meses después de su arribo se había convertido en el tipo más popular y jaranero del solar, respetado en el trabajo y solicitado en todas las fiestas. Diez meses después todo el mundo lo conocía y apreciaba. Un año más tarde... Un relámpago descomunal, acompañado de un chasquido y un trueno aterradores, iluminó el Malecón. ¡OR! OR, el tiempo...quizás si... la voz de Carum se perdió en el vacío. Un fuerte silbido llenó su cabeza y le hizo taparse los oídos y cerrar los ojos... Y de pronto, dejó de llover y reinó el silencio. Luego, desde muy lejos, de algún punto perdido entre las estrellas, cerca de algún sistema nunca estudiado, entre radiantes masas globulares, rodeado de titánicos agujeros negros, gigantescas nebulosas y poderosos quasares, cruzado por lluvias interminables de meteoros errantes y brillantes cometas de dilatadas colas pirotécnicas y rayos de luz de turbadora trayectoria curva, una voz de sonoros timbres alentadores, suspiró: Menos mal, sus razones tendrá...

OR retiró las manos de sus oídos, abrió los ojos y respiró profundamente: Mis razones... claro que tengo... Unos pasos bien conocidos, de inquietante ritmo, se acercaban por la acera. Los ojos de OR lanzaron chispas de colores inusitados. Lentamente se volvió y una amplia sonrisa se dibujó en su hermoso rostro varonil. Mis razones, exclamó en un susurro, claro que tengo

mis razones. Una bella mulata de busto generoso y devastador, detonantes caderas, largas piernas, de andar cadencioso y estremecedor, se acercaba mostrando sus dientes blanquísimos en una sonrisa luminosa y feliz.

ORlando, mi vida, ¿no me demoré mucho, verdad? Sus suaves labios se posaron sobre los de él que se sintió rodeado, invadido por el perfume perfecto de su piel. ¡Qué bueno que no te mojaste, mi cielo!...